

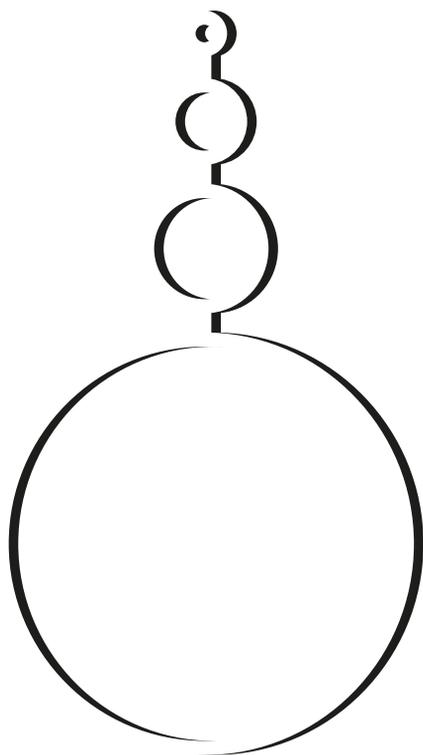
Francisco Ortega

BAHAMUT



minotauro LABERINTO

ΒΛΗΛΜΥΤ



Francisco Ortega

minotauro LABERINTO

Babamut

© 2023, Francisco Ortega
© Publicado originalmente por Editorial Planeta Chilena S.A., 2023

Dibujo de portada: © Daslav Maslov
Diseño: © Catalina Chung Astudillo

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1823-1
Depósito legal: B. 9.399-2024
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

NATALIA

1

[22 febrero 2014]

Los Ángeles, Medellín, Tokio;
Estados Unidos, Colombia, Japón

La Tierra

Quien conoce la historia narra la historia, y quien narra la historia controla la historia. Del mismo modo, quien controle la historia, controlará la cultura. Aprendemos así que no existen las ciencias exactas, sino que todo es una estructura dramática, incluso la matemática. Moramos una esfera dentro de la cual uno más uno no siempre es dos. Basta replantear una constante para que los valores se alteren y esta simple operación aritmética se convierta en un significante de mayor complejidad narrativa con otras soluciones.

Ocurre:

Hemos distinguido diez variaciones conductuales mayores en la población, lo que, a estas alturas del desarrollo, supone que han de ser consideradas narrativas estables y esféricas. Estas se manifiestan cuando un elemento externo provoca un cambio drástico en la continuidad habitual de uno o más individuos. Alteración como la experimentada por cuatrocientos noventa y ocho millones de personas durante las primeras horas del sábado 22 de febrero del 2014, cuando, de manera indirecta (y también directa), tomé control de sus líneas de tiempo.

Harry Montenegro tenía veinticuatro años y tres meses. Trabajaba de camarero en tres hoteles de Silver Lake en Los Ángeles y llevaba el turno de mañana en una cafetería de cadena en Universal City, pero su interés era la actuación, razón por la cual se encontraba radicado en Hollywood desde julio del 2012. Oportunidad que se tradujo en veintidós audiciones —cinco para películas y el resto para series— con las que jamás consiguió un segundo llamado; excepto en una ocasión, aunque por equivocación en el discado. Harry inició su instrucción a los quince años en el CEA de Ciudad de México, una academia de talentos dependiente del conglomerado de medios llamada Televisa. Tras un par de papeles secundarios en dos telenovelas y cuatro filmes independientes rodados en Colombia, Chile y México, con muy malos resultados en taquilla, decidió mudarse a Los Ángeles. Compartía un chalet de cuatro habitaciones, cerca del muelle de Santa Mónica, con otros tres muchachos de edad similar: dos argentinos y un cubano de Miami que, como él, se repartían entre audiciones y faenas en hoteles de lujo a lo largo de la ciudad. En un principio Harry rentaba un estudio hacia la zona de Century City, pero su arraigado temor a la soledad lo hizo buscar rápido un grupo de pertenencia en el cual sentirse tan cómodo como protegido.

Cada mañana, de lunes a sábado, la rutina de Harry Montenegro era la misma. Tras una ducha rápida, se vestía con lo primero que encontraba, masticaba alguna fruta que cogía del refrigerador y a las siete en punto ya estaba montado en su vehículo, una camioneta Chevrolet Blazer de 1981 que compró en un lote de baratas hacia la autopista de Pasadena, sorteando los sesenta y cuatro minutos que lo separaban de la cafetería Biggby en Universal City. Aprovechaba el tráfico para usar su teléfono móvil y enviar a través de WhatsApp un saludo de buenos días a su madre. Siempre a la misma hora, siempre lo mismo, tres palabras más el emoji de un corazón.

Ese sábado de febrero, Harry Montenegro no pudo enviar el «Buenos días, mamá ♥».

En Medellín, Colombia, una estudiante de Enfermería llamada Emiliana Cruzat pasó la noche en vela pensando en su porvenir mientras no lograba responder el mensaje que Jorge, su novio, le había enviado tres minutos pasada la medianoche. Llevaban dos días peleados y el único contacto hasta ahora era aquel escueto «tenemos que hablar» a través de WhatsApp, frase con múltiples significaciones que dejó a Emiliana sin capacidad de conciliar el sueño, al concentrarse solo en las proyecciones negativas del mensaje. Apenas el sol apareció sobre el valle de Aburrá, una Emiliana cansada y frustrada por la sobrerreflexión volvió a leer el texto de su novio y escribió: «No hay nada de qué hablar. Usted ha de tener claro que ya tomé una decisión. Es lo que usted quería, no???». Pero, como Harry Montenegro en Estados Unidos, tampoco conseguía enviar estas frases. En su caso fue para mejor: algunas horas más tarde, Jorge se apareció en la puerta de la casa de los padres de Emiliana y le pidió perdón. Veintiséis meses después contrajeron nupcias en una finca ubicada al sur del Aeropuerto Internacional José María Córdova de la capital de la región colombiana de Antioquia. Tuvieron tres hijos y, salvo una breve separación de siete meses, terminaron sus vidas juntos setenta y seis años más tarde; Emiliana murió cuatro meses antes que Jorge.

En Tokio, el analista Toshiro Nagumo pasó por una mala mañana. Un año y dos meses después de su divorcio, no se acostumbraba a vivir solo. Tampoco a no ver cada día a su único hijo, Ryu Nagumo, quien la tarde del 13 de febrero le había escrito pidiendo ayuda en un examen para la escuela. El muchacho especificó que era muy importante tener su parte lista para el mediodía siguiente, pues debía entregársela a una compañera encargada de ordenar el trabajo escrito. Ryu requería de cierto dato puntual, que alguna vez leyó en uno de los libros de ciencias sociales que tenía su padre en la pequeña

biblioteca del apartamento que habitaron. Pero, como adolescente que era, no recordaba cuál. Nagumo le indicó a su hijo que la mañana del sábado tenía turno en el banco —para el cual llevaba trabajando cinco años: una sucursal del MUFG Bank en el suburbio de Chiba—. Ryu le prometió a su padre que le iba a escribir antes de las siete para recordarle la información que necesitaba. Pero la notificación de WhatsApp jamás llegó, ni la llamada de vuelta de parte de Toshiro, que no logró despegar de la silenciosa y breve imagen del teléfono sobre la pantalla. Toshiro intentó mensajear a su primogénito tres veces; incluso reinició el dispositivo, sin resultado. Fue hasta el refrigerador, cogió una Coca-Cola sin azúcar y se sentó en la cama a esperar el mensaje urgente, que llegó cuatro horas más tarde, cuando Toshiro no estaba ya en casa para contestar; treinta minutos después de que sus superiores en el MUFG Bank lo amonestaran por retrasarse. Ryu reprobó el examen y estuvo cerca de un mes sin hablarle a su padre. Cuando volvió a hacerlo, Toshiro Nagumo acababa de aceptar la oferta de trabajo de una institución financiera de Honolulu. Dieciséis meses después, en el archipiélago de Hawái, conocería durante un fin de semana en Maui a la isleña Kailani, quien se convertiría en su segunda esposa y madre de su segundo y tercer hijo, la niña Leilani y el varón Jiro. Nunca más estuvo solo.

Por cierto: ni Montenegro, Cruzat ni Nagumo me fueron significativos y en nada marcaron lo referente a la estructura dramática de mi misión, salvo ejemplificar lo que ocurrió el sábado 22 de febrero del año 2014 cuando, mediante interferencia, en principio perjudiqué a cuatrocientos noventa y ocho millones de usuarios en cuarenta y seis idiomas alrededor del mundo. Recordar que la estructura semiótica de este y cada enunciado no es jamás exacta, sino que se halla atada a una estructura contextual: en este caso el tiempo espacio en ordenamiento gregoriano y cuantificado. O lo que es lo mismo, un punto de vista: el mío.

Ahora, con un método inferencial aplicado dentro de esta población analizada, escogí a doscientos cuarenta y cinco individuos para contactar en directo, lo que implica en su totalidad un factor experimental. Busqué así sujetos que, en potencia y de una u otra manera, podían ayudarme a resolver el problema Bahamut. Con este método invasivo y tomando en cuenta las diez variaciones conductuales mayores, pocos de los sujetos expuestos se iban a recuperar de mi presencia, pero el costo era menor ante el interés de preservar el orden en los futuros mil quinientos años de historia de la única civilización conocida en el universo.

En conclusión, repito: todo se liga a la naturaleza del observador en una estructura referente. Incluso la matemática. Basta insertar una mínima variable para que los valores cambien y una simple operación aritmética se transforme en un signifiante de mayor complejidad narrativa con infinitas soluciones. Mínima variable que en este primer paso del viaje tenía nombre propio: Salomón Belinsky.

MASHA

2

[40 noviembre 3509]

Leningrado
Unión Soviética
Titán

Los ojos feroces de Tugaryn se concentraron en un color que solo con sus pupilas dilatadas podía ver. El pequeño monstruo se mantuvo en posición de acecho, congelado por tres segundos, y luego soltó su guardia. Acompañando un generoso bostezo, torció su cuello de cisne para llevar la cabeza hasta las púas del dorso. Abrió el hocico y comenzó a pasar la lengua bífida por su giboso espinazo cubierto de plumas, vellos y escamas.

Masha se lo quedó viendo. Le gustaba cómo la luz de la mañana multiplicaba los tonos que recorrían el cuerpo de la reducida bestia, llevando al infinito las variaciones del verde al amarillo, a cobres y azules. En alguna ocasión llegó a contar trescientos veinte tonos de rojo en el vientre de su compañero. Fue en otra época, con más tiempo libre para detenerse en esos detalles. Ahora tenía más años y un tonelaje mayor de precaución ante lo que sucedía –y estaba por suceder– arriba, abajo, dentro y, sobre todo, más allá de los mundos iluminados por soles artificiales.

Tugaryn estiró sus extremidades antes de erguirse sobre las patas traseras. Usó las delanteras como brazos y cortó una rama del bambú que crecía en la terraza del piso. Sujetándolo

con sus garras en forma de tijeras lo fue masticando. Volteó la cabeza y miró a Masha, tensando con amabilidad el hocico. Los dragones bonsái siempre sonreían bonito; como con todo el cuerpo... igual que algunas personas, pensó Masha. Otra vez Tugaryn llevó su atención hacia el exterior. Expandió la envergadura de sus alas cubiertas de plumas rígidas y aleteó en dirección al techo del balcón. Posándose ahí arriba, tranquilo, se dejaba acariciar por el tibio calor otoñal.

—Me fascina ver imágenes del Sol 3 previo a la helioformación —le habló a Iliana, la inteligencia invisible que vigilaba cada rincón de la casa; de todas las casas de todos los mundos que orbitaban, tanto al Sol original como a las estrellas antes llamadas Júpiter y Saturno.

—¿Por los anillos? —respondió en modo de voz alta.

—No solo por los anillos. ¿Sabías que Saturno tenía tan poca densidad que de meterlo en una bañera con agua flotaría en ella?

—Es imposible la existencia de una bañera de tal tamaño.

—No en la imaginación.

—Ese es otro parámetro.

—Existen muchos parámetros, Iliana.

—Debes recordar, entonces, que Saturno era 744 veces más grande que el actual Sol 3. Al inflamarse perdió un 80% de su masa.

—Conozco la historia —interrumpió Masha—. Era una apreciación...

—Imaginativa.

—Es lo que dije al inicio.

El silbido agudo del aliento de Tugaryn invitó a que Masha se volviera hacia el balcón. Dentro de las vísceras del dragón, gases estomacales cálidos se contrajeron en un vómito que combustionó al rozar los dientes internos del esófago. Un fuego líquido y blanquecino hizo erupción a través de la garganta, chamuscando a un pequeño colibrí atraído por los floridos colores del bonsái. Tugaryn brincó en un planeo circular y

cogió con sus manos el cuerpo del pájaro. De un tirón lo dividió en dos, tiró la cabeza y se llevó a la boca las alas y el vientre, rasgándolos con sus afilados colmillos antes de tragar.

Masha dio tiempo a que Tugaryn terminara de comer y se acercó para acariciarle la nuca. La pequeña bestia apretó los párpados y ronroneó, herencia del porcentaje de ADN felino con el que fue creado.

—Me gusta más cuando usa su cola para cazar, como si fuera una serpiente constrictora —describió Masha, mirando en dirección a las canalizadas entradas de mar de Leningrado.

—¿Hace cuánto que vives con Tugaryn? —preguntó Iliana.

—Tú lo sabes.

—No, ahora estoy en proceso de actualización completa y los datos más triviales permanecen en respaldo.

—Desde hace quince años; es mi tercer dragón bonsái —recordó Masha—. O, bueno..., cuarto. Pese a que Zilant cuenta, no lo adopté yo.

—Zilant te quería como a una madre.

—Dirás padre —precisó Masha.

—Aunque entonces estabas en masculino, tu personalidad siempre ha sido marcada femenina, más allá de lo que escoges mostrar.

—La actualización... —recalcó Masha, viendo cómo una galera extendía sus alas triangulares al alejarse de las torres de amarre del sector sur de la ciudad. Acompañó el movimiento de la nave y elevó la mirada. Arriba, muy alto, brillaba el puerto, un disco de plata anclado en el borde exacto de la atmósfera artificial que protegía Titán, la luna conocida desde hacía 966 años como Unión Soviética. Fijó bien sus ojos y, sin necesidad de activar los implantes, alcanzó a ver las formas de un par de vagones anclados a los muelles. Los tubos trillizos que ataban las instalaciones de aquella terminal con la superficie planetaria y servían de ascensor para cargas y pasajeros desaparecían entre las nubes bajas estancadas al borde urbano de la metrópoli.

«Ya lo estás comprendiendo», le pensó Iliana a Masha, en tanto ella se percataba de que allá, más allá y mucho más alto, se divisaba el arco del meridiano que cruzaba sobre Leningrado.

—Complejas son las noticias desde Moscú —agregó la ama de Tugaryn—. Infiero que en dos años las tensiones entre la Unión Soviética y los Estados Unidos podrían llegar a un enfrentamiento.

—Es probable, el comportamiento de la civilización humana tiende a repetirse.

—Quien conoce la historia narra la historia, y quien narra la historia controla la historia...

—Lo que tienen claro los americanos, mucho más conscientes de su herencia...

—¿Qué herencia, qué historia?! —Masha levantó la voz con burla. Los tatuajes de su cuello reaccionaron a la amplitud y se deslizaron hacia abajo a través del canal de su pecho—. Pasado, pretérito perfecto...

—Eso podría decirse de todas las lunas de los sistemas joviano y saturnal.

—Menos de la Unión Soviética.

—¿También de nuestros aliados, las Lunas Democráticas de Saturno?

Masha no contestó.

—Entonces, quieren que participes de las conversaciones —Iliana cambió el tema.

—Yo no las llamaría conversaciones...

—Es el término que se está usando en lo oficial.

—Voy a hacerlo —resopló Masha—, tengo un deber para con el Estado. Mi conocimiento le pertenece tanto como a ti.

—Pero eso significa volver a Moscú.

—No es necesario...

—El Estado prefiere lo presencial.

—Más de la mitad de mi vida he servido al Kremlin... me gané algunos privilegios —sonrió.

—Es probable que te den el mando de un vagón de guerra.

—Saben que no quiero volver al espacio.

—Sabes que ese es el plan.

—Preparar todo para que de aquí a cinco años se desate una falsa guerra que nos sirva para ocultar lo importante — pensaba en voz alta.

—Más bien sería un falso ataque.

—Bueno, planes a mediano plazo, eso son.

Entonces Masha se percató de que su bonsái ya no estaba. Enfocó la esfera radiante sobre su cabeza: mediodía, la hora favorita de los dragones para salir a estirar las alas. Era probable que su compañero estuviese planeando en dirección a los estanques del Nevá. Pensó en que ni siquiera lo escuchó elevarse; tal vez de verdad se estaba volviendo vieja. Los dragones eran silenciosos, pero una madre siempre sabía atender el vientre llenándose de aire y posterior aleteo del despegue.

—Y están también —volvió a hablar Iliana— los reformistas islámicos y su intención de estrechar las relaciones entre Mekkah y el resto de las regiones solares.

—Inicios del siglo 21 —refirió con pausa la compañera del dragón bonsái—, las mujeres quitándose los velos en el antiguo Irán. ¿Cuándo fue eso?

—Empezó en 2022 —precisó Iliana.

—¿Y terminó cuándo?

—2024.

—¿Cómo terminó?

—Estás viendo cómo terminó, Masha.

—Era una pregunta retórica...

—Eso significa que dudas de la gran reforma neosunita.

—Por decirlo de un modo sutil —marcó irónica la mujer—. Me parece que solo es otra ola de masdeísmo liberal, una reacción a la Absoluta Certeza y a su octava fitna... atrasada doscientos años, como todo en el islam...

—Un comentario inexacto para alguien como tú.

—Lo que sea. El neosunismo va a terminar como todas las fitnas anteriores —suspiró—. Recién se recuperan de la tercera guerra otomana... Uno, dos, tres conflictos bélicos internos y globales en los últimos seis siglos, tratando de parar el capitalismo teocrático de los turcos. Los problemas en Mekkah son bastante mayores que esta ola de neosunismo. Así es la historia, Estambul sigue estando ahí...

—Nosotros también seguimos siendo parte del tablero, aunque estemos lejos.

—No vamos a recuperar la Tierra, ahora es Mekkah. Ha sido Mekkah desde hace casi mil años y seguirá siéndolo... para siempre —vaciló.

—No he hablado de recuperar la Tierra.

—¿Tu abstracción también está actualizándose?

—Lo está —cerró Iliana—. Debes considerar que el islam tiene hoy la edad que el cristianismo tenía para la reforma de Lutero y las posteriores teologías liberales de los siglos veinte y veintiuno, la madurez requerida para hacer cambios...

—Me estás dando la razón, Iliana. Insisto, otra vez llegaron atrasados. Como sea, el islam no puede equipararse a las religiones occidentales —rezongó Masha, mientras una sombra rápida trazaba una línea de oscuridad entre el sol y su terraza.

—Las religiones son olas de comportamiento colectivo y, como tales, son predecibles y comparables.

—Estambul es aún más predecible y comparable.

Greyó que la sombra era Tugaryn, pero se trataba de un hipogrifo bonsái que también salió a disfrutar de la calidez del mediodía.

—Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas... —fue diciendo mientras retornaba al interior del piso. A lo lejos y por sobre el horizonte de rascacielos y agujas, opaca y transparente, navegaba lenta la forma alargada de un dirigible rígido de Aeroflot—. No me has dicho nada más sobre lo otro —agregó desde la cocina.

—¿Lo otro?

—Bahamut —Masha abrió el grifo de agua helada—, así que los gagarin van a involucrarse.

—Eso es correcto.

—No confío en ellos, son extraños.

—Nadie lo hace, no son confiables; es el papel que juegan. Además no es relevante ahora.

—¿Y qué lo es...?

—La pregunta y las respuestas.

—Aún no hay respuestas —Masha llenó un vaso con agua.

—Las respuestas deben buscarse antes.

—¿Puedes hacer eso?

—Ya lo estoy haciendo.

Dio un trago al agua, estaba fresca, tal como le gustaba.

—Claro, por eso la actualización.

—Entre otras razones.

—La despedida de la versión 49. ¿Cuál será tu nuevo nombre?

—Natalia.

—El nacimiento de la quincuagésima versión —Masha volvió a dar un trago.

En la terraza, Tugaryn acababa de volver de su vuelo de mediodía. El animal estiró el cuello y contempló a su cuidadora con ojos rojos tan fieros como tiernos.

—Tu dragón también quiere agua.